

SEMBLANZA MIGUEL ÁNGEL LÓPEZ MARCHENA: DEL SURCO CORDOBÉS A LA MAGISTRATURA Y LA ACADEMIA

En estos tiempos líquidos donde las certezas evanescent y los vínculos humanos se tornan efímeros, resulta singular —casi milagroso— el encuentro con almas colmadas de aquellas virtudes que antaño configuraban el carácter: la laboriosidad sin desmayo, la fidelidad sin fisuras, el compromiso sin ambages. Miguel Ángel López Marchena encarna, con rara plenitud, estos valores que creíamos ya ajados por el vértigo de la postmodernidad.

Fue el azar digital —esas redes tan denostadas pero que, como todo instrumento humano, pueden servir a nobles propósitos— el que propició nuestro encuentro. Nacido en la preciosa Córdoba, crisol milenario de culturas y caracteres, ciudad que rezuma historia por cada uno de sus poros pétreos, Miguel Ángel lleva en su sangre la sabiduría de esa encrucijada de civilizaciones. Hijo adoptivo del Puerto de Santa María, esa noble tierra gaditana que abraza el mar y la historia, ha sabido conjugar en su formación las esencias cordobesas con el espíritu mariner y hospitalario portuense. Su casa familiar en Luque, tierra de los «auroros», parece presagiar —clara providencia— que quien creció entre cantos al alba habría de iniciar con su obra el amanecer de una carrera académica brillante. Procedente del campo que forja caracteres recios y voluntades inquebrantables, representa ese paradigma del hombre que se ha labrado a sí mismo, sin más patrimonio que su tenacidad y su inteligencia preclara.

Los inicios de nuestra relación académica, que pronto derivaría en una travesía doctoral compartida, no estuvieron exentos de las naturales dificultades que entraña la iniciación en los arcanos de la investigación jurídica. Como director de su tesis, fui testigo privilegiado de su metamorfosis intelectual. Cada corrección, cada observación, cada iteración sobre los textos iniciáticos, fue recibida no como obstáculo sino como peldaño hacia la excelencia. Juntos fuimos construyendo ese camino que, evocando los versos inmortales que Machado legara y que tanto la poesía como la música han sabido perpetuar, verdaderamente hicimos camino al andar.

En aquellos días de trabajo denodado y complicidad creciente, pude avizorar lo que el tiempo no ha hecho sino confirmar: estaba ante un jurista de raza, ante un espíritu que no se arredra ante la complejidad ni se amilana ante el esfuerzo hercúleo que exige la verdadera erudición. La dirección de su tesis doctoral constituyó para mí no solo un ejercicio académico, sino un privilegio intelectual y humano.

La complicidad que pronto se estableció entre nosotros trascendió los lindes de la mera relación entre director y doctorando. En Miguel Ángel confluyen, en síntesis admirable, el rigor del magistrado que cada día se enfrenta al rostro más descarnado de la condición humana, y la sensibilidad del académico que busca, con ahínco casi místico, las claves para una justicia más humana y efectiva.

Su obra, *De la prueba única al modelo de investigación efectiva en los delitos contra la libertad sexual sobre víctimas menores. Fundamentos, práctica y valoración de la prueba preconstituida*, constituye no solo un hito en el panorama editorial jurídico-penal contemporáneo, sino un espejo nítido del talante de su autor. La valentía intelectual y moral que requiere adentrarse en territorios tan sensibles y complejos, donde el dolor infantil y la necesidad de justicia se entrelazan en nudos gordianos, solo está al alcance de espíritus excepcionalmente templados.

La obra despliega una arquitectura poliédrica y dinámica, sustentada en una documentación exhaustiva que no deja resquicio alguno sin explorar. *A fortiori*, su rigurosa revisión por pares académicos constituye un indicio inequívoco de su calidad científica y de su contribución sustantiva al conocimiento jurídico especializado. No es este un trabajo de gabinete, construido desde la distancia aséptica del teórico, sino el fruto maduro de quien conoce de visu la realidad sobre la que teoriza, de quien ha mirado a los ojos tanto a víctimas como a victimarios, y ha comprendido que el Derecho, para ser verdaderamente justo, debe nutrirse de esa experiencia directa y transformarla en conocimiento útil para la sociedad.

Lo que el investigador nos ofrece trasciende los límites del mero ejercicio académico. Es un acto de generosidad intelectual, una contribución sustantiva a la mejora de nuestro sistema de justicia y, en última instancia, un servicio a los más vulnerables de nuestra sociedad. En tiempos donde el conocimiento se mercantiliza y la academia se repliega sobre sí misma, su trabajo constituye un recordatorio luminoso de la función social del jurista-investigador.

Al contemplar la trayectoria de Miguel Ángel López Marchena —desde aquellos primeros pasos en la investigación, pasando por la consecución del grado de doctor bajo mi dirección, hasta su consolidación como magistrado y académico de primera línea— no puedo sino experimentar esa rara amalgama de orgullo y gratitud que solo produce el magisterio cuando ha sido verdaderamente fecundo. El ya doctor, ha devenido en maestro, y en esa transformación reside la mayor satisfacción de quien ha tenido el privilegio de acompañar su itinerario intelectual.

Auguro, sin temor a equivocarme, que esta monografía es apenas el preludio de una producción científica que habrá de dejar huella indeleble en el Derecho penal y Procesal contemporáneo. La combinación de rigor metodológico, valentía temática y compromiso social que caracteriza a Miguel Ángel López Marchena constituye el mejor auspicio de que su obra continuará iluminando los senderos, a menudo oscuros, por los que transita la justicia penal de nuestro tiempo.

En Miguel Ángel se cumple aquella máxima clásica que reza que el verdadero maestro es aquel que logra que sus discípulos lo superen. Hoy, ante esta obra señera, puedo afirmar con satisfacción que ese círculo virtuoso se ha completado.

En la ciudad de Reus, cuna del insigne Antonio Gaudí. Un día lluvioso de septiembre de 2025.

Alfredo Abadías Selma

Doctor en Derecho Penal

Universidad Internacional de La RIOJA (UNIR)